

Revista Le.Tra.S.

Revista Literaria de la Universidad Ana G. Méndez en Bayamón

Volumen 7 Núm. 1



Contenido

Editorial	3
En esta edición	5

Colaboraciones:

El paciente cero y La noche te da sorpresas Por Carlos A. Barreto.....	8
Poemas de Mairym Cruz-Bernal.....	14
Toque de queda Por Ketshándrivel Bermúdez.....	21
Pandémico Por Dennis Villanueva Díaz.....	25
Tándem Por Karen Sevilla.....	27
Momento de venganza Por Luis Alejandro Polanco.....	30
¿Capitalizamos? Por Beatriz Mayte Santiago-Ibarra.....	33
Desde la otra parte del mundo Por Iván Segarra Báez.....	36
Pandemia por Patricia Schaefer Röder.....	42
Torpor 2040 Por Elidio La Torre Lagares.....	44
En el confinamiento Por Dorisn Velez Subervi.....	49
Llevo un adiós Por Rafael Meléndez.....	51
Adiós, Mikaela Por Milagros González Rodríguez.....	53
Uno Por José Rabelo.....	55
Respira Por Elizabeth Nun.....	58
Cuentos de Ibis Por Ibis Rodríguez Carro.....	60
Y después de ganarlo todo, qué... Por Carlos Esteban Cana.....	67
Olvidos Por Sandra M. Colorado Vega.....	70
Silencio Por Wanda Margarita Lluveras Gómez.....	74
Orden ejecutiva (pág. 3) Por Tere Dávila.....	76
Historias para leer Con té de Pamy Rojas por Consuelo Mar-Justiniano.....	79

Editorial



Dra. Consuelo Martínez Justiniano, editora de la Revista Le.Tra.S

La nueva entrega de *Le.Tra.S.* es una edición pandémica. Es fuerte, resiliente, creativa, audaz, humorística, protestante, intensa... Diversos escritores contemporáneos colaboran con textos en prosa y verso que muestran distintas miradas del mundo en el que vivimos tras la declaración de la pandemia por causa de Covid-19.

El escritor Carlos A. Barreto nos sorprende con la fuerza de sus relatos “El paciente cero” y “La noche te da sorpresas”. El primero es la historia de un paciente infectado con coronavirus que espera la hora en la que será desconectado del respirador artificial:

“Apagaremos el ventilador a las 5:00 P. M. de hoy. Han sido las instrucciones del jefe del hospital. El gobierno ha dado la aprobación”. El segundo, el de una transexual que, tras quedarse desempleada, regresa a la vida nocturna. Ambas ficciones cuentan historias de personas que podrían estar pasando por estas fuertes situaciones. Son narraciones que te estremecerán.

La poeta Mairym Cruz-Bernal nos regala su poesía, espejo de nuestra realidad. Nos da en la cara con la esperanza de despertar, recoger nuestros pedazos y reconstruirnos. “Concluyo el año de una pandemia y sigo viva /eso es bastante más de lo que pueden decir los muertos / he completado las tres *Ces*, Casa, Comida, Cama /me falta el hombre lo sé / me falta la mujer / la que he perdido...”

Tere Dávila, por su parte, ofrece su ingenio, humor, sarcasmo y creatividad en el cuento “Orden ejecutiva (pág. 3)”. Un breve relato que manifiesta el razonamiento de lo irracional, por ejemplo: “(...) las ideas se atenderán los jueves antes del mediodía, a menos que se conceda feriado, y necesitará traer, con sello de notario, la solicitud de autorización

de uso. El incumplimiento de los códigos asignados a humos, ínfulas y loqueras floridas, conllevará multas”. Este cuento promete que te reirás y pensarás...

Si de protestas se trata, el poema “Toque de queda” de Ketshándrivel Bermúdez, servirá de pancarta. “¿Es acaso el andar sin mascarilla la nueva pornografía? / Tenía tanto miedo de aceptar la clausura como meta consagrada / y aceptar el aire sucio como destino. / Aceptar a mis líderes como genocidas escogidos en urnas. / ¿Quién tiene derecho a fumigar mi turno de la vida? / De haber sabido eso, / hubiese nacido igual de desnuda / pero armada de fuego, / pólvora y disparando...”

Si buscas un texto que navegue entre la fantasía, la ciencia ficción y lo psicológico, disfrutarás el cuento “Torpor 2040” del escritor Elidio La Torre Lagarres. Es una narración creativa y audaz que mira la pandemia desde el futuro. Comienza así: “La muerte y yo hicimos un pacto, Rudy. Ni ella me busca ni yo le huyo. Estamos a mano y estamos a bordo de la nave que viaja de Caguax a Torpor y que se parece al destino, pero sin el carácter deseante (...)” El desarrollo y el final... es puro ingenio.

La poeta Karen Sevilla colabora con un poema titulado “Tándem” en el que la voz lírica retorna a lo básico de la vida tras la realidad del encierro a causa de la pandemia. “Retorno a lo esencial / para llenar con palabras este espacio / pleno y vacío a su vez. / Extrañaré el silencio del distanciamiento / cuando regrese al mundo / de la “realidad” de las “urgencias” cotidianas. / Ahora, me urgen los abrazos que no se pueden dar, / el café que no se puede compartir, / resta dejarme acompañar / por los versos como memorias al vacío...”

Quisiera comentar cada texto de esta edición, pero debo terminar. Ahora bien, les garantizo un sismo de impresiones, emociones y sentimientos. Definitivamente la pandemia nos ha cambiado la vida y cada colaboración de este número es una muestra de ello y una confirmación del potencial artístico que tiene cada escritor y escritora que participa en esta publicación.

La revista literaria *Le.Tra.S.* de la Universidad Ana G. Méndez, localidad de Bayamón, agradece a todos los que respondieron a esta convocatoria. ¡Disfruten esta edición pandémica!

En esta edición:



El paciente cero y La noche te da sorpresas por Carlos A. Barreto

Cuando desperté estaba conectado a un ventilador, las manos atadas y un sinnúmero de máquinas que entre todas hacían un coro espantoso de sonidos desiguales. Preferí haber estado sordo. Con mis ojos hice un recorrido de aquel cuarto. No podía mover nada más que mi cabeza. Sentía algo que se torcía en mi garganta



El poema de la risa, Saluda la que ha traicionado y otros poemas de Mairym Cruz-Bernal

¿Y el poema?
mi mantra, mi guía, mi lugar de reposo
mi libertad profunda
mi alabanza perpetua No recuerdo ninguna
etapa de mi vida
sin el poema
fui la elegida, la médium, la sacerdotisa
se me fue dado conocer el poder en la palabra



Orden ejecutiva (3) por Tere Dávila

Por otra parte, las ideas se atenderán los jueves antes del mediodía, a menos que se conceda feriado, y necesitará traer, con sello de notario, la solicitud de autorización de uso. El incumplimiento de los códigos asignados a humos, ínfulas y loqueras floridas, conllevará multas



***Toque de queda* por Ketshándrivel Bermúdez**

Tengo un pulmón infestado de mentiras.
 Me ahogo al suponer que enfermo.
 La tos es por el pánico pandémico.
 Me pone hipocondríaca la realidad
 revuelta.
 Ahora convivo exiliada del sexo



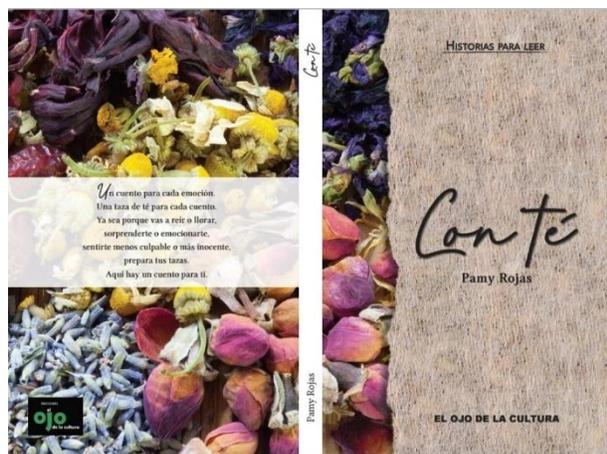
***Torpor 2040* por Elidio La Torre Lagares**

La muerte y yo hicimos un pacto, Rudy. Ni
 ella me busca ni yo le huyo. Estamos a
 mano y estamos a bordo de la nave que
 viaja de Caguax a Torpor y que se parece
 al destino, pero sin el carácter deseante.



***Tándem* por Karen Sevilla**

Torné al insomnio propio personificado e
 impregnado por las paredes de este
 encierro en una mina:
 las horas resbalan a la vez que mi mirada
 perdida a través de la Ventana repasa el
 verde de afuera -todo cuanto existe en mí
 lucha por aprender a nivelar la vida y
 viaja.



***Historias para leer con té* de Pamy Rojas por Consuelo Mar-Justiniano**

Se trata de un libro de cuentos dirigido a un público general, inspirado en historias de personas como tú y yo, y dotado de la ficción necesaria para lograr sorprender a los lectores, con su ingenio. Según la autora, el texto contiene un cuento para cada emoción y una taza de té para cada cuento.

Colaboraciones:

El paciente cero y La noche te da sorpresas Por Carlos A. Barreto

El paciente cero

Cuando desperté estaba conectado a un ventilador, las manos atadas y un sinnúmero de máquinas que entre todas hacían un coro espantoso de sonidos desiguales. Preferí haber estado sordo. Con mis ojos hice un recorrido de aquel cuarto. No podía mover nada más que mi cabeza. Sentía algo que se torcía en mi garganta. Era el tubo. Me había ido en fallo respiratorio y me habían entubado. Pero cuánto tiempo llevaba yo allí. No lo sabía.

La última vez que recuerdo me sometí a la prueba del Covid-19 y di positivo. Me aislaron. No vino a verme nadie. No supe de mi familia. Al tercer día empezaron a llegar los médicos y enfermeras. Ahí fue que conocí a Eneida Santiago, una mujer de algunos cincuenta y dos años que era la directora del departamento de enfermería. Se acercó a mí sin miedo y me explicó todo el protocolo. Si todo salía bien, saldría de allí en catorce días. Pero no fue así. Estaba entubado. Solo, en aquel cuarto. Al cabo de un rato de haber despertado entró Eneida con un grupo de científicos.

—Señores, les presentó a Alberto, el paciente cero.

Eneida se acercó.

—Hola cariño, bienvenido al mundo.

No podía ni siquiera gritar.

—Alberto lleva meses entubado. Es un caso extraño ya que no se ha podido valer por sí solo respirando—dijo mientras daba vueltas alrededor de mi cama. Yo la seguía con mi vista. Ninguno de sus familiares sobrevivió a la pandemia. Ninguno.



Me quedé atónito ante aquello. Traté de moverme, pero no pude. Mi familia estaba toda muerta. Mentira. Eso no podía ser cierto.

—Aunque ya está libre del virus, su sistema pulmonar no le permite respirar por sí solo. Hemos intentado destetarlo del ventilador, pero ha sido infructuoso.

No respiraba solo. Que cosas decía esta mujer. Yo solo quería gritar.

—Por tanto y debido a la escasez de ventiladores y el avance de la pandemia, el gobierno ha decidido desconectarlo.

Está loca. Qué puñeta estaba diciendo. Me iban a desconectar. Eso no podía ser cierto. Cerré mis ojos. Quería pensar que estaba en una de las tantas pesadillas provocadas por el coma. Pero no, allí estaba ella mirándome a la cara con su mascarilla mal puesta.

—Lo siento mucho, Alberto.

Comencé a gritar y a mover mis extremidades fuertemente. La cama parecía un terremoto que no acababa. Gobierno inútil, asesinos. A cuántos más estaban matando.

—Apagaremos el ventilador a las 5:00 P. M. de hoy. Han sido las instrucciones del jefe del hospital. El gobierno ha dado la aprobación.

Estaba agitado. Las máquinas comenzaron a producir ruidos escandalosos. Me iban a dejar morir, pero si estaba consciente. Era cuestión de esperar un poco más. Al instante se voltearon todos y salieron uno a uno. Eneida fue la última. Apagó la luz del cuarto. Me quedé a oscuras. Cuándo serían las cinco. No había tiempo. No había ni siquiera un último adiós. Me quedé tendido, mirando el techo. Apreté los puños bien fuertes y blasfemé contra Dios. Pensé en mis tres hijos y mi mujer. Pensé en todos. Era

inútil. Grité dentro de mí y rompí a llorar. No había razón para esto. No la había. Blasfemé contra todos. En aquella oscuridad con el ruido estrepitoso de las máquinas, construidas por el hombre, para salvar vidas. Solo oía el latido de mi corazón que subía a la garganta.



La noche te da sorpresas

Adela estaba desesperada. Daba vueltas y más vueltas en su minúscula sala. Doce días de la cuarentena. El *beauty* donde trabajaba había cerrado. El dinero se le acababa. Las ayudas prometidas por el gobierno no llegaban. No tenía más remedios que volver a su antiguo trabajo nocturno. Eso significaba violar el toque de queda. Pero no le importaba.

Se sentó y sacó cuenta. Uno o dos clientes por noche, calladamente, sería lo ideal. Tenía una lista de contactos así que sin premura comenzó a marcar. Sabía que la gente estaba desesperada igual que ella. En un momento tres mensajes por *WhatsApp*. Adela sonrió. Lo haría calladamente. Nadie en su edificio tendría por qué enterarse.

Se fue a su cuarto y preparó la mejor minifalda que tenía. Rosada, su favorita. Lo combinó con un top negro que acomodaba aquel par de testas de silicona. De pantis se puso unos *Victoria Secrets* color rojo, regalo de Ignacio, el millonario, uno de sus clientes favoritos. Se pintó los labios color Cabernet como el mejor vino que a ella le encantaba. Acomodó los pies en unos tacones Gucci, regalo de otro de sus clientes. Se colocó una peluca negra para ocultar aquellas greñas color marrón que no veían retoque desde antes de la cuarentena.



Se puso la mascarilla N95 en su cara, los guantes plásticos de látex y salió de su apartamento. Bajando las escaleras le salió al paso Clemencia, una vecina adicta al juego.

—¿A dónde vas, Adela? Hay toque de queda —dijo la mujer.

—Eso no te importa, Clemencia. Metete a tu casa.

—Estoy enferma, Adelita. Necesito mis pastillas. Esto de estar sola y ser adicta no es fácil.

—Cálmate mamita. A mi regreso te traigo lo que tú quieres, pero ahora métete adentro, no quiero que los vecinos se enteren.

—¿Luego de que acabe esto me haces el pelo como antes?

—Claro que sí, boba —le dijo Adela sonriéndole.

—Regresa pronto, amor.

—*Bye*, Clemen.

Salió despacio. Caminó por varios callejones y llegó al punto de encuentro con sus clientes. En el camino se encontró a Néstor, el traficante.

—Mira quien salió de la cueva —dijo el hombre.

—Tú, tranquilo —le contestó Adela.

—La policía anda dando multas, cabrona.

—Y tú qué carajo haces en la calle también, y sin mascarilla. Tú no sabes que te puedes infectar con la *pendejá* esa.

—Tranquila belleza que yo habló a distancia, dos metros —dijo riéndose.

—Mira, dame palitroques para Clemencia —dijo mientras sacaba dinero de su cartera.

Se despidió con un beso en el aire y se fue. Se paró en lo que en el pasado fue su esquina. No había por allí ninguna otra de sus amigas nocturnas, como les llamaba ella. Desde que estaba en la peluquería había dejado de concurrir el barrio. Se sentía contenta. Al rato apareció su primer cliente citado. Se montó de prisa en el carro.

—Tú me dirás cariño.

—Voy de prisa, Adelita. Nada de besos, chúpamela y te tragas la leche que si mi mujer encuentra regueros aquí me mata.

Adela se metió en su boca aquella verga. Pasaba la lengua sobre el glande y su cliente enloquecía.

—Puñeta, que cosa rica mami. Sigue, sigue, no pares cabrona que me la vas a sacar.

El silencio de la noche se rompió con los quejidos de aquel hombre que disfrutaba a plenitud su acto sexual. Adela seguía succionando aquel falo sin ningún miedo. Se había olvidado por completo de la pandemia. Cuando terminó, se acomodó su mascarilla nuevamente y se despidió de su cliente.

La noche pasaba y no llegaba ninguno de los otros citados. De repente se le acercó un B&W negro. Adela no reconoció el auto. Se acercó y vio que el cliente llevaba mascarilla.

—Sube —le dijo.

Era un hombre alto, corpulento, de pelo corto.

—Qué te apetece, bombón.

El hombre no dijo nada, le quitó la mascarilla y comenzó a besarla. Adela se dejó llevar. Olvidó los riesgos de lo que eso significaba en tiempos del coronavirus. El sabor de aquella lengua la enloqueció más. El hombre se sacó la verga y Adela, con sus guantes puestos, la comenzó a acariciar.

—Te voy a meter estas nueve pulgadas por esa criquitita, puta perversa—decía el hombre mientras bajaba su mano al área de la vulva.

Adela se puso nerviosa. De repente se acabaron los besos y el hombre la miró asombrado.

—Todo tiene su explicación mi rey, mira, yo aún no estoy hecha completa. Tú sabes estoy en proceso del cambio, pero igual te puedo dar sexo anal.

El fuerte hombre no la dejó explicar y le cayó a golpes. Adela gritaba que por favor la dejara ir y que no la matara. Pero el hombre no le quitaba los puños de la cara. Cuando terminó de pegarle, la empujó fuera del carro y la dejó tirada en el piso.

Adela estaba bañada en sangre y no podía moverse. Abrió sus ojos. Sintió que aún vivía. Como pudo se incorporó y abrió su cartera. Allí tenía aún los cientos cincuenta pesos cobrados al cliente anterior, su *lipstick* y las pastillas de Clemencia. Abrió el espejito que llevaba y se miró su rostro. Sus ojos se aguaron. Volvió a caer tirada al piso mientras lloraba a gritos.



Carlos A. Barreto es escritor y neurólogo. Actualmente además de ejercer su práctica privada, está terminando una maestría en Creación Literaria y otra en Economía. Cultiva varios géneros literarios. *Lombrices muertas* es su primer libro de cuentos.

Poemas de Mairym Cruz-Bernal

EL POEMA DE LA RISA

I

La herida está en la página en blanco
no tengo duda que cada puñalada del lápiz
evidencia ese dolor



II

No me perdono haber herido con mi lengua tantas veces
a mi madre querida
quieres saber qué hice
le dije que hubiera deseado que me hubiera abortado
si alguno de mis hijos me dice palabras así
creo que me moriría de tristeza
como ella hizo
No me perdono haber matado a un hombre
el mejor hombre que tuve
pero como suele sucederme
creo que al otro lado de la verja hay cosas mejores
me ha tomado la vida darme cuenta
que al otro lado de la verja

hay un inmenso pantano de horrores
él me decía
por qué no quieres ser la mujer más bella del mundo
todavía hoy no sé la respuesta
No me perdono no querer ser la mujer más bella en el espejo
y me he hecho daño enfermado
escudriñando nuevas maneras de traicionarme a mí misma



III

Y ahora, ¿qué sucede después de tanta confesión tortuosa?
¿se va la culpa?
¿se me va el hambre?
en quién me convierto si ya mis pies son los de mi madre
si mi modo de caminar y no vestirme son los de mi madre
acaso quise ser mejor que ella y me convertí en su otra
hasta desprecié a los hombres
Qué sucede ahora
después de haber escrito y vivido y pensado
tanto dolor...



V

¿Y el poema?
mi mantra, mi guía, mi lugar de reposo
mi libertad profunda
mi alabanza perpetua
No recuerdo ninguna etapa de mi vida
sin el poema
fui la elegida, la médium, la sacerdotisa
se me fue dado conocer el poder en la palabra
fui elegida como *la hija hereje*
desde niña bajando las escaleras de tercer grado
de la clase de español
sentí una unción sobrenatural
ahí en aquel instante fui iluminada
yo vivía en el silencio
miraba el mundo de mis maestras y mis compañeros
y nada tenía yo que ver con aquello
mi etapa autista, aislada
mi etapa de psicosis, aislada
cómo salí de aquello?, no lo sé

No traicioné mis 10 dedos que siempre han sabido caminar
No traicioné mi mano derecha para abrir las puertas clausuradas
ni mi mano izquierda, ni mi puño cerrado
No traicioné la noche, ni aquella madre con dos niños pidiendo
una moneda en la acera de Tetuán, Marruecos
No traicioné jamás las razas más sufridas de lo humano
Traicioné los paisajes heredados
Traicioné la sutileza de algún vientre
Traicioné el vestido más largo
Traicioné el lápiz labial, la vanidad de las mujeres
Traicioné la casa de mi madre
No traicioné al hombre de la silla ni dije su nombre
No traicioné el hueco santificado donde entierro a mis muertos
No traicioné la mesa de comedor de mi casa
quiso seguir conmigo más allá de las aguas
y de otras paredes duras
No traicionaré jamás la palabra juramentada en el poema
No traicionaré el amor de mis 50 años al corazón de un niño
que se robó mi tristeza
No traicionaré jamás mi nombre aunque cante tres veces el gallo
No traicionaré al que me dio asilo cuando estuve sin casa
en otras tierras
No traicionaré mi memoria con mi olvido
No traicionaré esta alegría de ser un animal triste
No traicionaré al pájaro que ronda entre mis páginas
No traicionaré al hombre ni a la mujer honesta
No traicionaré al mar ni a sus bestias, porque en él yacen mis ahogados
Pero he aquí que cierro las ventanas de mi casa y no quiero dormir
con seres que serán cadáveres
ni quiero mi cuerpo maloliente
ni tener que cambiar las piezas de mi cuarto
quiero estar tan sola como me dejen los libros

sola para caminar desnuda los pisos limpios de mi casa
sola para llamar a ese último hombre que me espera
He traicionado a la flor, pero nunca al capullo
porque como yo, la flor es un castigo



Mairym Cruz-Bernal

Poeta, educadora, editora, traductora, columnista y ensayista puertorriqueña (1963). Presidió el PEN-Puerto Rico (2008-2012). Presidió el V Encuentro Internacional de Escritoras en Puerto Rico en el 2003 donde más de 300 escritoras firmaron un manifiesto por la paz. Posee una maestría en Escritura Creativa, Vermont College, Norwich University (1994). Sus poemas han sido traducidos al macedonio, árabe, croata, esloveno, italiano, portugués, inglés, alemán, francés, polaco y mandarín. Es miembro honorario del Círculo de Escritores de Venezuela. Sostiene alianzas de amistad con la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y es Integrante del Movimiento Poetas del Caribe: Unidos por la paz (Barranquilla, Colombia). Es Presidente-Asesora Internacional de los Encuentros Internacionales de Escritoras (EIDE), movimiento itinerante. Tiene 18 libros publicados en diversas partes del mundo.

Toque de queda Por Ketshándrivel Bermúdez

Tengo un pulmón infestado de mentiras.
Me ahogo al suponer que enfermo.
La tos es por el pánico pandémico.
Me pone hipocondríaca la realidad revuelta.
Ahora convivo exiliada del sexo.
(Posiblemente mueran todos los hombres), pienso.
¡No me gustan ninguno a esta fecha del año 2020!
Me vuelvo bisexual al suponer que debo remediar
modos de sobrevivir a la ingenuidad del caos expuesto.
La ambición de los millonarios poderosos me supone, plaga.
Me encerraron en mi casa hecha de porquerías
que compré para sentirme civilizada.
Una olla hambrienta de guisos
yace ajena a mi deber en la esquina del gabinete.
Yo me alimento de verduras casi podridas por mis descuidos.
Tengo un problema serio con la indignación a la muerte.
Aguanto la respiración para saber si estoy posesionada
con la coronación del mal...
Me agobia la culpa de los llamados a cuidar el medio ambiente.
¿El calentamiento global es culpa de la hornilla que soy?
Apenas entiendo las cavilaciones de este mundo roto.
Se ha roto por alguna negligencia mía.
Se ha jodí'o porque existo como guerra callada.
Yo jodí la capa de ozono mirando a ver si veía a Dios.
Fue la propia mugre de mi cuerpo la que infestó las aguas.
Las costras de mi piel ahorcaron los corales del océano.
¡Es culpa mía!
Soy un virus ancestral desde que puse un pie en este mundo
y mi vagina salada era las fábulas del pecado, según mis abuelas.
En fechas que ni me tocaba el oasis en mi corta edad en la década de los 80.
Era la pugna de la malacrianza,

criarme fue bestial.
No obedecía,
no podía hacer lo que se supone.
Trabajar para los gajes de las maldiciones,
tragarme el cuento de la mal nacida de Eva
y suponerme tentación lasciva.
Suponerme crimen divino al exhibir el abismo entre las tetas.
Era perversa desde la vocal de la hembra.
Desde los sonrojos,
desde ser el canal de boa hacia la vida.
Juego de serpientes me parece cada mentira de este mundo.
El encierro me ha puesto tan loca en las demandas de respuestas.
Ya no le creo nada a la prensa.
Estudié solo para no dejarme engañar fácilmente.
Es la propuesta de la vida un juego de rehén y Estocolmo.
¡No puedo con tanto!
Alguien debe darse cuenta de cómo jodo mi pulmón
con humo por culpa de los nervios.
Estoy que veo tripas regadas en las aceras
y ya ni oro por los muertos.
Me voy encarcelando en la doctrina inventada en la cabeza.
Encerrarme en mi casa,
es condenarme a la pocilga de mi rabia.
Los políticos comen tan rico,
socializan hasta prestarse las liendres de las cabezas
y, yo, apenas puedo entender la gestación del feto que fui.
Van los mandatarios a las fiestas clandestinas
por sus privilegios *hiperdemocráticos*.
La moral tiene calzoncillos azules y pantis de cuellos blancos.
¡No entiendo la genialidad que se me castiga!
Estoy presta a sufrir enfermedades metafóricas.
Soy tan fuerte como la fe en la nada...
¡Me enferma darme cuenta de que valgo para ellos!

Entender a este mundo es como ponerse bajo la trinchera de la cama hasta que el aire deje de invitarnos a la morgue.

Voy a traducir los conflictos de la otra persona que albergo en los confines de las rabetas en mi cuota de incrédula.

Es lo que pienso cuando me aíslan para fomentar la inmunidad de rebaño.

¡Qué no soy rebaño!

Me he colgado como oveja porque hay que ser bien pendejo para dejar trasquilar.

¡Siento fobia!

¿Ver la boca y la nariz de otros en los comercios es intento de homicidio?

¿Es acaso el andar sin mascarilla la nueva pornografía?

Tenía tanto miedo de aceptar la clausura como meta consagrada y aceptar el aire sucio como destino.

Aceptar a mis líderes como genocidas escogidos en urnas.

¿Quién tiene derecho a fumigar mi turno de la vida?

De haber sabido eso,
hubiese nacido igual de desnuda
pero armada de fuego,
pólvora y disparando...





Ketshándrivel Bermúdez, conocida en el universo digital como: “KB” nació en Mayagüez, Puerto Rico. Egresada del Departamento de Comunicación de la Universidad del Sagrado Corazón completó los currículos de maestrías en *Redacción para los medios*, *Redacción de Guiones* y *Maestría en Creación Literaria*. Ganadora del Primer Premio en el Certamen Nacional de Poesía José Gautier Benítez, 2012 con su poemario: *Recaudos del desvelo* y el Premio Nacional del Certamen de la Universidad

Politécnica de Puerto Rico, 1994 en la categoría universitaria con su cuento: *Un tal Juan se siente solo*. Ha fungido como Gestora Cultural y creadora de talleres literarios. Actualmente, se desempeña como redactora independiente y Gerente de Redes Sociales. Ketshándrivel es bloguera y cultiva los géneros del cuento, poesía y novela. Ha participado en diversas antologías como: *Grito de Mujer* y publicado en medios electrónicos como el *Post Antillano*.

Pandémico Por Dennis Villanueva Díaz

La pandemia trajo consigo el encierro, la distancia física y la aniquilación de la rutina, que ahora tanto anhelaba. Las semanas se repetían entre memes, noticias falsas, estrictas órdenes ejecutivas, estadísticas en las que no confiaba e imágenes de cadáveres a los que se les negaba una sepultura digna. Se volvió paranoico.

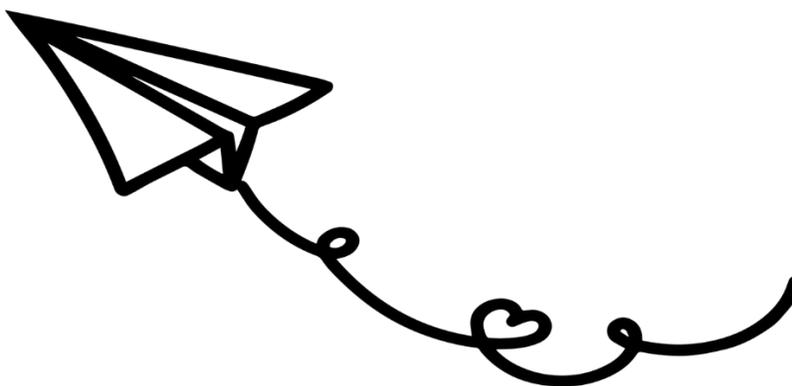
Repentinamente, su vida se vio trastocada por los horarios antagónicos del trabajo de uno y el teletrabajo del otro, las mascarillas asfixiantes, las manos irritadas por el exceso de alcohol, el sentido de culpa por no poder visitar a su madre, la escasez de productos desinfectantes, los ataques de pánico en el supermercado y el sexo racionado.

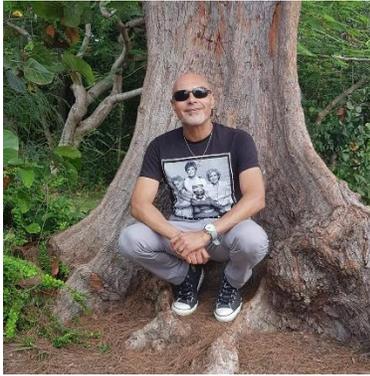
Ocurrió que una noche, en la que la intimidad volvería a estar vedada, el otro le preguntó:

--¿Qué te pasa?

Solo entonces descubrió que un virus más despiadado que el Covid-19 se había albergado, no en sus pulmones, sino en su corazón. Asintomático, lo había estado consumiendo lentamente, con escasas probabilidades de sobrevivir.

--Nada —contestó.





San Germán.

Dennis Villanueva Díaz posee una maestría en Estudios Hispánicos de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico y una certificación en Edición y Artes Editoriales de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Varios de sus cuentos han sido publicados en antologías y revistas literarias. Es facilitador docente del Programa de Español en el Departamento de Educación de Puerto Rico. Reside en

Tándem Por Karen Sevilla

Torné al insomnio propio
personificado e impregnado
por las paredes de este encierro
en una mina:

las horas resbalan a la vez
que mi mirada perdida a través de la Ventana
revisa el verde de afuera
-todo cuanto existe en mí lucha
por aprender a nivelar
la vida y viaja.

Aprendí a no comparar un dolor con otro,
a no dejarme desgarrar.
La riqueza de la simpleza,
el valor de encararse a uno mismo
adentrarse y contemplarse.

Retorno a lo esencial
para llenar con palabras este espacio
pleno y vacío a su vez.
Extrañaré el silencio del distanciamiento

cuando regrese al mundo
de la “realidad” de las “urgencias” cotidianas.
Ahora, me urgen los abrazos que no se pueden dar,
el café que no se puede compartir,
resta dejarme acompañar
por los versos como memorias al vacío
a la espera del adapte:

que la naturaleza y su verdor
retomen cuanto siempre ha sido suyo,
tal como este espacio interior
se ramifique
y encuentre el aliento que a muchos les falta.





Editora, narradora y poeta puertorriqueña (1983). Su creación literaria comienza desde muy pequeña con la narrativa. Es egresada de la Universidad de Puerto Rico (UPR) de Río Piedras. En 2006 obtuvo un primer lugar en el certamen nacional de cuento del periódico *El Nuevo Día*. Ha asistido a innumerables lecturas de poesía tanto en su país natal como en la ciudad de Nueva York. Sus publicaciones recientes se encuentran en la antología *Los otros cuerpos* (Editorial Tiempo Nuevo) así como en *La Revista de El Nuevo Día*, en *Tongvas* (del Departamento de Inglés de la UPR de Río Piedras), así como en *El sótano 00931* (año V, vol. 1). Participó del conversatorio “La narrativa puertorriqueña del nuevo siglo: los narradores hablan”, ofrecido por el Departamento de Español de la UPR en Ponce. En el 2006 produjo su *plquette* de poesía *Tercera parte*.

Momento de venganza Por Luis Alejandro Polanco

El cansancio por el trabajo y el encierro en el hotel me hacen alucinar. Tengo que estar de guardia durante dieciséis horas diarias hasta que se controle la pandemia *COVID-19*. Para no contagiar a mi familia, me han pedido que no resida en mi hogar. Mi esposo cuida de nuestros hijos y, aunque los veo por *Skype*, *Zoom* o *WhatsApp*, añoro besarlos y abrazarlos. Mi familia está muy orgullosa de mí, pues me apasiona mi labor de médica en el piso de epidemiología. En la soledad del hospedaje, se asoman recuerdos de mi vida:

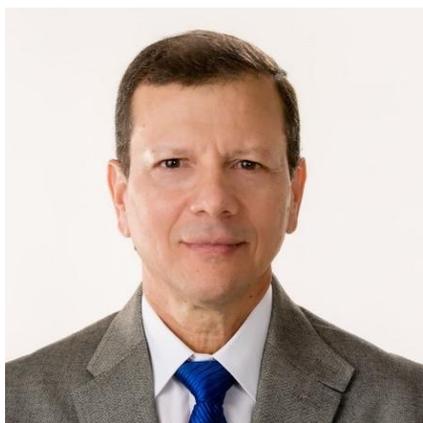
Cuando cursaba mi carrera universitaria, el profesor del curso de Español Básico, un hombre alto, calvo, de ojos azules y tez blanca, con su gran elocuencia, valiéndose del buen uso del lenguaje y edulcorando frases, me tildaba de torpe e ignorante; todo porque mi primera lengua era el inglés. Llegué a Puerto Rico justo cuando terminé la *High School* en Wisconsin. Ese primer año fue frustrante para mí a tal punto que pensé darme de baja de la clase y de la universidad. Reprobé la materia. Sin embargo, no me rendí porque tenía la ilusión de estudiar Medicina.

Los casos de *COVID-19* aumentaban; las muertes escalaban por falta de equipos médicos. Mientras le daba el alta a un paciente recuperado se presentaron unas urgencias. Me llamaron porque había dos envejecientes en estado crítico que necesitaban ventiladores y solo disponíamos de un solo aparato. De camino hacia cuidados intensivos me dieron los pormenores: ambos pacientes rondaban la misma edad y, curiosamente, el cuadro clínico de los hombres era similar.

Tenía que tomar la decisión de salvar a uno. Situación muy difícil porque si hubiera sido una mujer joven, la habría elegido a ella; entre un niño y un anciano, el menor llevaba las de ganar; pero en este caso... Observé al primer hombre y vi en sus

ojos el ansia de vivir. Cuando descorrí las cortinas para examinar al otro anciano casi me desmayo al ver el hombre alto, calvo, de ojos azules y tez blanca. Su mirada me imploraba clemencia. No disponía de tiempo suficiente para resolver el dilema. Si elegía al primero, entonces sería una venganza y no podría permanecer tranquila. Di instrucciones para que conectaran de inmediato al paciente de la compasiva mirada azul. Agarré el expediente y leí: Gumersindo Saravaira. No era el profesor.





Luis Alejandro Polanco, escritor dominicano radicado en Puerto Rico. Es doctor en Filosofía y Letras con especialidad en Literatura Puertorriqueña y del Caribe, egresado de la maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón y profesor de la Universidad Ana G. Méndez. Autor del libro de cuentos *Rastros de sombra en la arena* (2016) y la novela *No habrá primavera en abril* (2014). Coautor de la novela *Nadie descubrirá tus huellas* (2019), junto a otras cuatro escritoras. Sus obras han sido premiadas en Puerto Rico y Estados Unidos.

¿Capitalizamos? Por Beatriz Mayte Santiago-Ibarra

Capitalizar desde el Codvi, o

Al Codvi,

Es enraizar a la auto voluntad,

Desde la presencia divina-tal cual chispas

De Él o Ella – no babeemos al padre-madre.

Saltaron los changos de China

En un tubo de ensayo

Y

Todas las emociones de todos nos palmaron.

Se anularon todos los sentidos,

Desde el propio y

El de la muerte.

En cada uno la creación de creció =

Igualita

Como pájaros vivos; tucanes, águilas, palomas violetas,

Giraron sobre nuestras cabezas haciendo nidos

Y

Cada vez capitalizamos más las heridas en estigmas

Poblados de miles de murciélagos

En las cuevas pajitas

De un hipódromo mental sin caballos

Y

Sin cabellos...

Un “adapter” de un corazón a un móvil,

Adherido a las paredes de muchas realidades;

Adaptando su propia adaptación de-sa-dap-ta-da...

De colonizadas almas

Por abejas mecánicas-mutantes,

Muerden,

Tienen dientes, en vez de agujijones

Y

Una, pensando en capitalizar de otra manera

Más desde el Codvi-19-20-21, etcétera,
Como decir desde el móvil;
Con energía, con vibración

Y

Todos capitalizamos, haciéndonos importantes,
Todos a capitalizar,

La opción por la vida,

En estos móviles, tabletas, consolas, ordenadores

Y,

Gematrías de fuegos intensos doblando campanas rojas;

Besándonos los codos, amándonos encerrados

Desde un silencio inteligentemente selectivo.

O mejor aún, desde una Julia de Burgos en la verdad-mentira,

O un “ser o no ser” hamletiano.

Dar cuenta a la existencia que el héroe de hoy día es un destructor-

No puede ser.

¿Capitalizamos?





Foto de Johnny Betancourt

Beatriz Mayte Santiago-Ibarra es escritora y crítica de arte. Obtuvo el bachillerato y maestría en Literatura Comparada de la Universidad de Puerto Rico, la Maestría en Artes y Literatura del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe y un Doctorado en Filosofía y Letras de dicho Centro en pacto académico con Universidad de Valladolid, España. Se desempeñó en calidad de Especialista en Asuntos Culturales y Coordinadora Editorial de la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Es miembro del Pen Club de Puerto Rico y de la Asociación de Críticos de Arte, ratificado su nombramiento en París, Francia. Algunos de sus libros son: *Siembra para no decir adiós*, *Versos de anafre a mi abuela*, *En el silencio de las desgarraduras*, *Trásfuga de mi existencia*, *El asesinato de Casandra Ramírez*, *El último centauro* y *Cuentos para no atreverse a contar, pero los cuento*.

Desde la otra parte del mundo Por Iván Segarra Báez

He reflexionado grandemente sobre mi vida. Jamás imaginé que el mundo fuese perfecto. La vida se va agotando, poco a poco, como cuando surge un acertijo. Ella siempre iba contra las reglas utópicas del mundo. La conocí por casualidad en el barco en que viajábamos a una de esas islas de mucha salsa, guaguancó y percusión, sobre la cuenca del mar Caribe.

La isla era impresionante. Se bailaba día y noche. El ritmo brota musical y tropical. La gente hospitalaria y servicial. Las palmas junto a la playa son sandungueras. El agua está azul como un pedazo del cielo. El aire es puro. La seducción es total y mágica. Dicen que Cristóbal Colón se enamoró, aquí, frente a las banderas de aquellos tiempos, y, mientras el cacique Caguax tronaba los tambores de la guerra criolla en este archipiélago.

Eduviges era voluntariosa, de cabello corto y ondulado, pianista, revolucionaria activa, respondedora de primera fila y enfermera graduada de las primeras tropas del Salvation Army. El tiempo de relato, algunas veces retrocede, y otras veces, se adelanta. Ella siempre se reía, de nada. Aún, recuerdo el sonido de su voz. Le gustaba usar sus jeans y diversas camisetas coloridas que hicieran juego con sus zapatos en su vida hogareña. En su trabajo profesional siempre se vestía de acuerdo con lo que iba a ejercer. Era una mujer imponente y accesible. Extremadamente femenina, su reloj Cartier o su apreciado Phasa de Cartier eran casi una indumentaria inseparable de su personalidad. Al principio, pensé que ella era volátil y alocada. Pero pronto descubrí que era una mujer de acción, arriesgada y pasional.

Cuando el mundo que conocemos estalló con la sorpresa del COVID-19, dejándonos en una cuarentena total y tóxica, miles de familias cayeron abatidas a nuestro lado. Todo aquello nos dolió porque no pudimos salvarla. Giramos en todas las direcciones posibles para encontrar la cura. Ella se lanzó a la calle para atender a las

víctimas. Yo traté de impedirselo, pero fue inútil. Los de primera fila siempre están ahí, para nosotros y nunca se quitan.

Los principales gobiernos del mundo luchaban tenazmente contra la enfermedad de la pandemia. A través de múltiples reportajes, los seres humanos conocieron de la enfermedad. Nuestro mundo cayó en crisis. Eduviges comenzó a cambiar todas sus rutinas, para salvar las vidas de los demás.

—Creo que no debes ir, para allá, a nada. — le indiqué un poco molesto.

- Discúlpame que tengo muchos encargos y los pacientes me esperan.
- Sí, lo sé. Pero creo que tus hijos deben ser lo más importante.

—Lo entiendo. Ellos estarán bien. Pero el paciente de la cama número 8 y el paciente de la cama número 12 me necesitan ahora mismo. Además, le dije a la paciente de la cama número 3 que le llevaría un libro de auto ayuda.

- Creo que no debes seguir en esas. Solo haz lo que puedas, mujer.

—Ya me lo has dicho cincuenta veces, pero el mundo hospitalario necesita de nosotros en este momento. Sería irresponsable de mi parte, no asistir hoy al trabajo. —se maquilló los ojos frente al buró, enfrente de la recámara. Se recogió el cabello. Se aplicó delicadamente su perfume de Lolita Lempicka. Reexaminó su cuerpo ligeramente en el espejo del cuarto con un vistazo a toda prisa, de arriba para abajo. Agarró cartera Gucci. Salió del apartamento. Se montó en el automóvil y se dirigió al hospital.



Ella quería salvar al mundo. Abastecerlo de esperanza y doblar turnos para atender a los jóvenes que lentamente iban propagando el virus —sin saberlo—. Ellos eran asintomáticos, descuidados, jóvenes viriles y faltos de experiencias.

La mayoría de los casos de las víctimas eran personas adultas de 55 o más años. No podemos decir más, de un enemigo silencioso, impensable y microscópico como el coronavirus. Nunca se había sabido que un virus criminal estuviera en casa, en el trabajo, en la tienda de la esquina o en cualquier otra parte del planeta. Llegó sin invitación. Se anunció en el periódico que la cura no será rápida. Que los gobiernos estaban trabajando en ello.

El mundo que conocemos giraba sobre un vértice distinto del que conocimos cuando nos amamos, la primera vez, en aquel viaje del Caribe. Los años corren y nos pasan facturas intolerables por lo que hicimos, y lo que no logramos hacer.

Cuando la pandemia se incrementó, Eduviges se enfermó. Durante todo el proceso reflexionamos para dejar ir nuestros sentimientos. Nos perdonamos y disculpamos a todos nuestros conocidos y desconocidos que nos afectaron con esta enfermedad. El mundo nos dio la gran lección humana de que nadie es eterno. La flora y la fauna revivieron sobre los campos y los océanos. Las personas cambian cuando la vida se altera.

Espero que el cambio sea uno responsable y humanitario. Mira lo que tienes y da lo que no te sirva, con amor, pero que puedas hacer un bien hacia el prójimo. La vida es una, y, muy valiosa, para arriesgarla.

Después del diagnóstico, el doctor que nos atendió mencionó que la pandemia seguía con un alto contagio. La vida humana está en riesgo constantemente con la pandemia del COVID 19.

La mejor prevención es regresar al pasado y mirar las botánicas de las abuelas. Cuando no existían nada de estas tiendas por Departamento, ni de los Centros comerciales, ni de las vitrinas espaciosas de las grandes cadenas de lujo. Las abuelas siempre tuvieron la razón en el boticario nacional. Recuerdo las palabras de la abuela:

—Sálgase de ahí, que me arruina la mata de tuatúa. Cuidado con la mata de sábila y con la de albahaca. Usted siempre haciendo travesuras. Se lo voy a decir a su padre.

- Ya voy abuela.

—Le voy a hacer un té de manzanilla m'ija, para que descanse un poco más y se tranquilice. U'ted está muy nerviosa.



La vida es una ruleta rusa, sube de repente y baja estrepitosamente. La vida es un regalo que da Dios. Hay que vivirla con todo lo que venga.

Eduviges sigue tomándose el medicamento. Estamos vivos, y pronto, nos abrazaremos otra vez. Dicen los periódicos que cierta compañía en Europa con una farmacéutica estadounidense ha encontrado una vacuna altamente eficaz contra el virus.

- Quédate conmigo, Ambrosio. Quédate conmigo. No me dejes.
- Lo siento, el paciente estará en intensivo por prescripción médica.
- No puede llevarse. Déjeme con él.
- Lo siento, señora, pero él va para intensivo.

Eduviges le había enviado el mejor remedio del mundo: el amor. La bitácora del cielo siempre atiende pedidos a última hora. La vida humana es sagrada cuando estamos en tiempos de pandemia. Así que la mejor cura contra el virus es la mascarilla, el lavado de manos, la distancia social, la ayuda al prójimo y los remedios de la abuela.

—Luego de Ambrosio, Eduviges también se marchó. Entonces, comenzó este mismo relato desde la otra parte del mundo, frente a un mar Caribe o al crudo invierno —según las estadísticas del paciente de la cama número 12.



Iván Segarra Báez. (Puerto Rico, 1967). Catedrático Asociado del Departamento de Estudios Hispánicos de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, Recinto de Ponce. Es escritor, cuentista, poeta, novelista y ensayista. Ha publicado varios libros de poesía: *Candela* (1997), *Entre tu cuerpo y mi alma* (2000), *Hay veces que llora el mar* (2001), *El huerto de los salmos* (2003), *Ante la luz de un amor prohibido* (2005), *El libro de la Yoruba* (2016), *Los hijos del desastre* (2017) *Poemas a tibia voz* (2018), *Marinero del viento y la ceniza* (2018) y *La clarividencia del ser humano en su laberinto* (2019). Las novelas: *El guardián de la lujuria* (2002), *La república del generalísimo* (2004), *Puerto Esperanza* (2012, 2019) y la novela *El cañaveral* (2018, 2019 y 2020) la cual se ha traducido a varios idiomas: alemán, francés, portugués, italiano, holandés, polaco e inglés. Ha publicado el libro *El lenguaje bicameral de la palabra* (2008) con la Editorial Cambridge Brick House de Massachusetts, E.E.U.U. y el libro *La isla y otros cuentos* (2012) con la Editorial Balam de México. Su novela *El guardián de la lujuria* obtuvo Libro de oro por la Editorial Univerzon de Italia en 2003. *Finalista del Primer Concurso de Poesía y Cuento* en Perú, 2012 por su poema "Viejo y solo Walt Whitman". *Finalista de la 4ta. Convocatoria de la Editorial Editnovel* por su novela *Puerto Esperanza* en Barcelona, España. *Premio Internacional Contribución para la Literatura, las Artes y las Ciencias de la Academia Internacional Orient-Occident* de Bucarest, Rumania (2018) en el 22th Festival Internacional Poetry Night de Curtea de Arges y *Premio Nacional de poesía Hiram Sánchez Barreto* (2020) de la Casa Yaucana (TAINDEC) Taller de Investigación y Desarrollo Cultura, Inc. Actualmente trabaja en la preparación de varios libros inéditos sobre literatura hispanoamericana y caribeña.

Pandemia por Patricia Schaefer Röder

Por el descuido
de inconsciente humanidad
lloramos todos.

Por el descuido
de inconsciente humanidad
lloramos todos.

Nunca contaron
con la gran Pachamama
enfurecida.

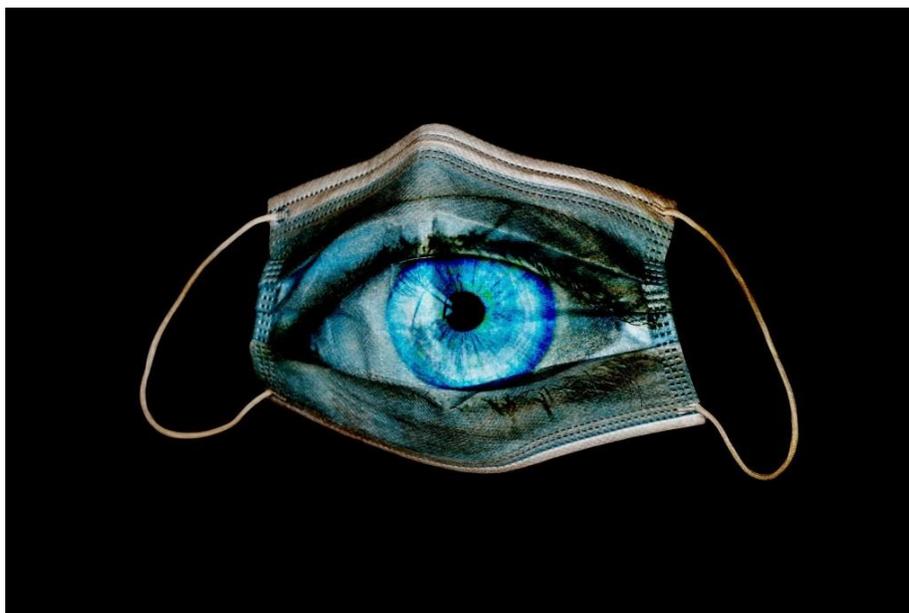
Días, semanas
meses pasan vacíos
...2020 no existió.

Escondámonos.
En casa y tras máscaras
nadie más nos ve.

Mucho sufrimos
pensando, imaginando
destinos ciegos.

Íngrimas vidas
sueños abandonados
hay que rescatar.

Ábranme paso
soy quien canta la verdad:
ya falta menos.



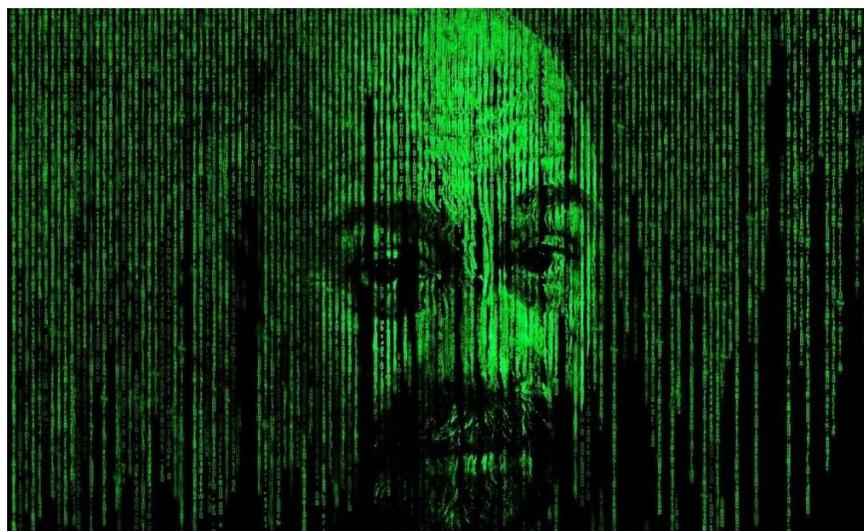
Patricia Schaefer Röder es escritora, traductora literaria, editora, poeta y gestora cultural. Nació en Venezuela y reside en Puerto Rico. En narrativa breve publicó *Yara y otras historias* y *A la sombra del mango*, que recibió Mención de Honor en los ILBA 2020. En *Siglema 575: poesía minimalista*,

Patricia propone una novedosa forma poética que ha tenido gran aceptación internacional. Desde 2015 organiza el Certamen Internacional de Siglema 575 “Di lo que quieres decir” y publica una antología con los mejores poemas del concurso, la cual recibió Segundo Premio en poemario por varios autores en los ILBA 2019. Patricia Schaefer Röder es miembro del Pen de Puerto Rico Internacional, la International Society of Latino Authors, la American Translators Association y la Asociación Internacional de Poetas y Escritores Hispanos.

Torpor 2040 Por Elidio La Torre Lagares

La muerte y yo hicimos un pacto, Rudy. Ni ella me busca ni yo le huyo. Estamos a mano y estamos a bordo de la nave que viaja de Caguax a Torpor y que se parece al destino, pero sin el carácter deseante. Desde acá arriba, el cielo desteñado parece un pantano gris endurecido por una espantosa soledad mientras las fuerzas de la vida consumen las ganas de borrar el holograma que se proyecta en el pasillo de La Goleta y le insta a los pasajeros a no dejar de consumir Somex, porque ayuda a la descalcificación de la estructura ósea, a regular la pérdida de la visión y la atrofia muscular. El tiempo en el espacio es una pesadez, un disuasorio de deseos. No podrías saberlo, creo. Tú eres del mar, de otro mundo; como mi padre, que adoraba la Tierra aunque no era su tierra. La gravedad lo revitalizaba, decía. Lo llenaba de plenitudes que no pueden existir en Torpor, adonde nos dirigimos, Rudy. A la colonia terrestre en Ganímedes. Nunca he sentido las angustias que ahora siento.

Es el doce de octubre y aquí me encuentro, entre las fulguraciones de lo perdido que acaban por tenerme a sus anchas; un peregrino hacia la luna de donde proviene mi padre. A ver si lo encuentro, Rudy. A ver si puede reconocerme tras mi piel azul, la sombra permanente de la cianosis que provocada por las mutaciones del virus del 2020, que continuó proliferando sin cuota ni control y ya van veinte años y la mitad de la población del mundo. Tú no, Rudy. Tú estás a salvo en tu pecera, que es una burbuja aislante. Acá afuera, el mundo no volvería a respirar igual, decía mi madre antes de morir.



Mi padre no entendió la soledad cuando mamá nos dejó. Nada contuvo el desconsuelo. Se perdió como un satélite lanzado fuera de órbita. La gente decía que padecía de delirio cósmico. El dolor no tiene estrella originaria. Estamos hechos de la misma materia que el rabo de un cometa. No existe dolor por nada que no sea por uno mismo, creo. Mi padre desapareció de mi vida. Por eso vamos a Torpor, porque me dijeron que allá vivía mi padre, un tal Twigo el de Ra, padre de Bayoán el de Ra.

En cierto modo, me siento como el agua del mar en la tierra, Rudy. El mar es otro desierto, como el que llevo conmigo. Soy la arena que cae constantemente hacia el centro de gravedad en un viejo reloj. Pero aquí, en el espacio, todo flota y nos sigue separando. Tú podrías nadar por el espacio, Rudy, pero yo perecería. Es un sinsentido traicionero.

A través de la escotilla, el universo me parece muerto y silencioso, como las calles en los días de la pandemia durante mi niñez, cuando el viento seducía el aleteo de las hojas en los árboles que sonreían de verde y aquello me parecía la maravilla de un mundo donde nadie se abrazaba ya. La ciudad se tornó en vacío y mi niñez fue muy solitaria, Rudy. La escuela se encontraba en una transmisión inalámbrica y a remoto. Las actividades al aire libre escaseaban, y ya no tenía amigos, solo conexiones sociales más o menos afines. El algoritmo es Dios, Rudy.



Miro hacia abajo y distingo la ciudad de Caguax, que se asfixia de futuro bajo las nubes de smog que se trenzan con la niebla natural de las montañas de Nuevo Puerto. Otra vez. Otra vez. Cuántos dolores me cuesta. ¿Es dolor? ¿Conozco el dolor? Quizá soy un cuerpo sin órganos y la idea del dolor es una realidad aumentada venida a demasiado. Un holograma siempre es hueco y no sé si soy lo hueco o el holograma. Pero Caguax fascina como capital de Nuevo Puerto desde que San Juan se volvió un arrabal aparatoso o la casa del ahorcado. A veces crecer es hacerse más pequeño y también hacerse más pequeño es hacerse más pequeño.

Me duele peregrinar. Me duele apartarme. O quizás no. Quizás es algo que pienso y me creo, algo de lo que intento convencerme, y no paso de ser un escritor *wanabí* de holografías, secuencias fílmicas que tienen deudas por saldar con la novela. Quizás cuando encuentre a mi padre y mi soledad se descomprimirá. La orfandad es perder sin remedio el lugar de origen.

Podría escribir la holografía de mi vida, seguro, Rudy. Las holografías suponen una tecnología eficiente de narración. Lo mejor es que se pueden transmitir en hologramas personales bajo demanda. En la nube nada un cardumen de voces y hay que hacer algo distinguido para ser el pez distinto, ¿no, Rudy? No, aún no he publicado mi primera holografía. Lo sé. Lo distinto amenaza. Lo distinto intimida. Lo distinto debe ser

reprimido, acallado, mutilado. Como mi piel azul. Distinta. Publicar mi holografía es un sueño.



Lo innovador del sueño es eso precisamente: *el* sueño. Después de las pandemias del 2020 y el 2021, el Estado nos sirvió aquella vacuna que tenía pocas garantías, especialmente para los híbridos, por lo que inventaron otra para los genéticamente impuros. El primer síntoma de que algo iba mal apuntaba a que la gente había perdido la facultad de soñar. Dormir era como una muerte, reclamaban algunos. Los sueños ya sueños no son, decían otros. Así, resultó que el día designado para pincharme, uno de los pacientes vacunados comenzó a quejarse de fatiga mientras sus ojos y orejas sangraban. Su piel se tornaba púrpura mientras sus pulmones se le inundaban de agua. Salí a prisa de allí antes que él muriera y cuando me preguntaron si había sido vacunado, mentí.

Contrario a la creencia popular, decir la verdad no es de héroes; mentir lo es. Los grandes héroes que nos dijeron que la pandemia pasaría, que todo volvería a la normalidad, nos mintieron. Todo se rompió. Todo lo sólido se licúa en el aire.

Nadie sabe que sueño, Rudy, excepto tú, aunque ni siquiera reconoces que las frecuencias interdimensionales emitidas desde mi afecto hacia ti van cargadas de sentidos reales. No corresponderás porque eres un pez.

La muerte y yo hicimos un pacto, Rudy. Ni ella me busca ni yo le huyo. Imagino que vamos a Torpor, porque es un lugar desconocido como el destino de mi padre...

Me gusta pensar que te hablo y me escuchas. Aliviana el peso solemne a esta soledad de pandemia.

--

Extracto de la novela «Cuerpo sin órganos»



Elidio La Torre Lagares es profesor de literatura y escritura creativa. Autor de la novela *Correr tras el viento* (2011) y los poemarios *Vicios de construcción* (2008) y *Wonderful Wasteland and other natural disasters* (2019).

En el confinamiento Por Dorisn Velez Subervi

Vestirme de mi madre
mirarla en el espejo
Observar sus ojos agotados
su opaca cabellera blanca
la piel ajada por los años
un aro de matrimonio
incrustado en el tiempo
dos padres, una madre
un hogar sin amor
Rostro
con apenas
una sonrisa triste
mueca vacía
mirada quebrantada por
una memoria inexistente
Trato de entender el abismo
por el que hemos divagado
cargando el equipaje
del viaje anterior
tarde,
se nos hizo tarde





Dorisn Velez Subervi nació el 30 de julio de 1950 en Adjuntas, Puerto Rico. Estudió escultura en la Escuela de Artes Plásticas, 2009. Y Administración de Empresas en la Universidad de Puerto Rico, 1975. Es miembro del Pen Club de Puerto Rico.

Llevo un adiós Por Rafael Meléndez

Llevo un adiós
sin voz
y sin rostro
tengo una despedida
perdida en el olvido

un adiós sin marcha
fatigado
sin abrigo

una despedida indefinida
herida
fingida

un adiós inconforme
una despedida desnuda
y fría

un adiós
que no duerme
y hasta un adiós
sin nombre
la corazonada
de tu presencia errante



Rafael Meléndez Báez nació en Río Piedras Puerto Rico el 4 de agosto de 1978. Cuenta con un bachillerato en Ciencias de la Enfermería, profesión que ha ejercido desde el 2002. Posee grandes pasiones como el mar, caminar en la arena, la música, el canto, la fotografía y la poesía. Para Rafael el piano es su refugio y pasión. Exentos del Horizonte es su primer poemario.

Adiós, Mikaela Por Milagros González Rodríguez

En un principio de la cuarentena estaba feliz. No tendría que ir a la escuela y todos los días serían sábados y domingos. Mientras pasaba el tiempo, sentí que extrañaba a mis compañeros de clases, a mis amiguitas del vecindario e ir de paseo con mi familia. Solo podía hablar a través de la ventana de mi dormitorio con Mikaela, la vecina de diez años. No nos dejaban estar juntas ni salir a la calle, por lo que nos inventamos juegos a distancia. Yo me subía en mi cama y le modelaba la ropa que llevaba ese día. Cantábamos, reíamos y de vez en cuando le decía una adivinanza. Ella me leía cuentos y hablábamos del miedo que nos daba esa enfermedad porque era muy mala y mataba mucha gente.

La mamá de Mikaela era cajera en un supermercado y la mía aprovechaba la oportunidad para darle una lista de las cosas que necesitábamos. Doña Doris nos traía la compra al anochecer. Una tarde Mikaela me llamó por la ventana. Emocionada, sacó el brazo por la celosía y me enseñó una pulsera trenzada con diferentes cordones multicolores que su mamá le había comprado. Yo quería una, pero ya se habían terminado. Me sentí triste. Siempre que veía a Mikaela diciéndome adiós, a través de la ventana, lo hacía luciendo la hermosa pulsera.

Una semana después, Mikaela ingresó en el hospital; no se sentía bien, tenía fiebre y mucha tos. Me asomé por la ventana, como antes, y me di cuenta que la pulsera estaba tirada sobre la grama. Pensé que era un regalo para mí. Salí al patio, sin hacer ruido, y la recogí. La examiné por largo rato en mi habitación. Cuando me llamaron a merendar escuché a mis padres hablar en la cocina que Mikaela estaba contagiada con el coronavirus. Pasaron dos semanas cuando tuve que ir al hospital con los mismos síntomas de mi amiguita. Mis padres no entendían por qué estaba contagiada. Para que no me castigaran había escondido la pulsera. Ahora, ambas estábamos recluidas en la misma fila del inmenso cuarto. Ella en la cama 19 y yo en la 13. No podíamos hablar

porque nos separaban otros niños. Además, ella respiraba por un ventilador. Por las noches, en la semioscuridad, le decía: “Adiós, Mikaela”. Ella levantaba una mano para que yo la viera. Luego de un par de días ya no la levantó más.



Milagros González Rodríguez, escritora puertorriqueña. Es doctora en Filosofía y Letras, con especialidad en Literatura Puertorriqueña y del Caribe, egresada de la maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón. Es profesora de la Universidad Ana G. Méndez. Sus cuentos han sido publicados en: Narradores del mundo, Latitud 18.5, Poetas y narradores del mundo, Entre libros, Antología: 2do Certamen Nacional de Microcuentos José Luis

González, Pandemia y coautora de Nadie descubrirá tus huellas; obra premiada.

Uno Por José Rabelo

Esta música sabe a bloqueo
porque este encierro cura
cuando el pasado sangra
por nuestro presente.
El tiempo se masca en silencio
se reproduce en colmenas
de segundos con alas,
de minutos con sabor miel.
Ciencia ficción es realidad
con el enemigo invisible,
volver a vivir es fantasía
con el futuro incierto.
La calle no sabe a vida
lleva el sazón del luto,
lo agrio del no pudo ser,
lo amargo del cuándo será.
Quedan los recuerdos
en maletas de nostalgia,
y los abrazos escapan
por escaleras de luz.
Los besos saben a miedo,
con aroma a remordimiento,
especies de culpabilidad,
y futuro de aceite turbio.
Te conocía por el rostro
ahora solo tu mirada
permanece tras ese escudo,
fortaleza contra lo invisible.
El enemigo
se disfraza de gotas,
se viste de aire,
reposa en superficies.

Me queda la casa,
paseo en el jardín,
escapo a las estrellas,
me refugio en el pasado.
Encuentro fotos rayadas,
libros marcados,
diarios inconclusos,
solo me reúno ahí.
La soledad se espanta
con palabras,
con internet,
con cine.
Me fugo entre sartenes,
viajo con los recuerdos
de sabores y olores
de cenas pasadas.
El calendario atormenta
con agendas prohibidas,
unos tragos o una cena
un hola y un adiós.
Un ave se asoma a mi ventana,
se pregunta: ¿dónde están?
¿dónde se metieron todos estos
quienes se pensaron libres?
Las cicatrices de la tierra sanan,
las heridas del cielo cierran
las dunas transpiran vida
el mar suda colores escondidos.
Habitó en mí y en ti,
vivimos en esta villa
muy cercana a la Luna
dónde ahora somos uno.



José Rabelo, escritor, profesor de creación literaria, pediatra y dermatólogo. Ha publicado tres novelas con Isla Negra Editores: *Cartas a Datovia*, *Los sueños ajenos*, *Azábara*, las dos últimas fueron reconocidas por el PEN Puerto Rico Internacional. José Rabelo ha participado en congresos y ferias internacionales de libros. Brinda talleres de creación literaria en escuelas y universidades. Sus relatos han aparecido en textos escolares y

antologías variadas.

Respira Por Elizabeth Nun

Piso el ánimo fragmentado
alzo el vuelo
neblina áspera nos arropa
dormimos sin cerrar los ojos
es camino de espejos
mi calma se ahoga
imagina entre sombras
arcoíris sin colores.

Late cada memoria
¡Y retumba todo!

Voces, gritos, plegarias, dolor,
escases, llanto, estímulo, pandemia,
familia, pensamiento, creatividad,
desespero, promesa, muerte,
voces, egoísmo, sagacidad, fármacos,
respira,
tristeza, valor, ansiedad,
respira,
miedo, depresión,
respira.

Melodía esperanzada por los pasillos
miradas que unen
se desentonan los besos
semblantes mosaicos
respiremos.

¡Y retumba todo!



Elizabeth Nun es maestra, escritora libre, moderadora en el foro de TertuNovela en Ciudad Seva. Reside en Manatí, Puerto Rico. Ha colaborado en dos trabajos creativos publicados: **100+ Historia Reales** (2009) y un cuento en la antología **Latitud 18.5** (2014). Egresada de la maestría en Creación Literaria (Universidad del Sagrado Corazón). Disfruta de la escritura creativa, la lectura y reflexión. Puedes seguirla como: Elizabeth Nun (Las Letras de Nun) en Blogger, YouTube, Instagram y Facebook.

Cuentos de Ibis Por Ibis Rodríguez Carro

Online

Era la quinta vez que se chequeaba en el espejo. Se aseguraba de que su apariencia estuviera presentable, nada de mocos visibles, ni maquillaje corrido. Blusa planchada o por lo menos libre de arrugas, colorida y que diera una proyección de alegría. La parte baja, no importaba, estaba fuera del alcance de quien mirara. Casi era hora de empezar. Cotejo de dientes limpios, el aliento tampoco preocupaba. ¡5,4,3,2,1! *Click* al botón de conexión y empezaba la proyección; de lo inauténtico, de lo compuesto, de su “performance” ante la diminuta cámara que le presentaba a los que estaban al otro lado, lo que en realidad ella quería que vieran. ¡Oops! Salida inmediata. ¡Horror! ¡Había olvidado poner el background de la playa!



Indiscreto oído (historias en un aeropuerto)

Primera llamada:

-Hola soy yo, vamos para Pe erre. ¿Sabes si Vieques está abierto?

...

-Este viaje es mi regalo de cumpleaños pa' ella.

...

– Acuérdate que voy pa' 'lla el domingo.

...

– No, si lo que quiero es que la conozcan.

(Lo tengo suficientemente cerca y escucho una respuesta, con voz femenina).

Al otro lado: – “No puedo recibirte, porque acuérdate que Tita tiene cáncer y no puedo recibir a

nadie.”

-Nada tranquila, solo voy a turistar, caminar por la acera. Voy a 'stal hasta el domingo na' máh.

Fin de la conversación.

Se voltea y le comenta a quien le acompaña: “Hace dos horas que estamos aquí, tempranito”.

Vuelve a marcar el número y comienza la segunda “pública e invasora” llamada:

– Dímelo “Cidito”, ¿estás durmiendo, cabrón?

...

– Yo te iba a comprar la ropa nueva, llegué y hicimos las maletas y na’, aquí estamos.

...

– Ya mismito salimos, está cabrón, esta cabrón. ¿Y tú estás bien, cabrón?

...

– Dale tranquilo. Ya mi prima me soltó la llave del apalment en la Palguera. Así que voy pa’ lla, a comer y na’, a pasial por allí, cualquier cosita me tiras por aquí.

...

Tercera llamada:

– ¡Hey fucking bich!, chacho aquí encabronao, la hija mía viene y lee el tique al revés, salimos a las 9, chacho el avión sale a las 9. Ella leyó la info del de venlr pa’ tra.

...

– Aquí esperando como un huele bicho, pero na’. I forgot, dile que se los envió ahora en cashout! Se los envió ahora, \$100, 20 que me dio y 80 pa’ que compré, que pida que hay, que no escatime. Jey, don’t forget, please, please, please por paycash.

...

-Warevel, pa’ envíalo ahora mismito. Oka.



Moderno entierro

A J., porque al final te volviste parte de todos.

Todos estaban celebrando la conexión. Ya hacía 40 días que estaban enclaustrados; algunos por voluntad propia, otros porque el Gobierno los había obligado y los menos, huyendo de la barca que podía devolverlos a su estado original, la nada.

En medio de la risa, las voces y el reconocimiento de los emparentados, a una se le ocurrió compartir la noticia en el “chat”; J. había muerto. Tan pronto apareció aquel texto, la señal fue interrumpida. Quien tenía el control, la autora de la idea, desconectó a todo el mundo. Entre los conectados se encontraba la mamá del fallecido.

Ante el abrupto corte, algunos empezaron a cotejar su señal, a verificar que el equipo estuviera encendido y solo unos pocos comenzaron a llamarse entre sí, para validar la notificación recibida. De la risa, se pasó al llanto, a desgarradores gritos y cuestionamientos sobre lo inesperado. No era posible que el querendón, el benjamín de los C., hubiese muerto. Al cabo de minutos, todos estaban de luto. La noticia se colaba entre señales por la red.

Luego de confirmada la versión oficial, se iniciaba el proceso mandatorio en los casos de muerte: recogido del cuerpo, preparación, velatorio y entierro. En ese orden, pero con diferencia de tiempos y obstáculos que sobrellevar. El primero, encontrar una funeraria que pudiera hacerse cargo de los arreglos. La ciudad se estaba llenando de muertos y las existentes no daban abasto para tantos cuerpos. De eso daba fe, el descubrimiento de camiones desbordados de peste y cadáveres en la entrada de una de ellas, en pleno condado citadino y cuyo dueño había aceptado manejarlos porque llegó a pensar que su orden de contenedores refrigeradores iba a llegar, según estipulado en la compra.

Una vez consultadas 101 casas mortuorias, 3 confirmaron su disponibilidad. Empezó el tin, marín, de dos pingüé, ¿con cuál me quedaré? Lo determinó don dinero, que hasta en la muerte se cuele, aunque en el viaje no pueda acompañarnos. El costo mínimo aun así era exorbitante; pero se tenía que cumplir. Esa vida apagada no merecía el anonimato y mucho menos una fosa común. Se movieron rápido los esfuerzos de solidaridad y se recaudó lo necesario para enterrar ese hijo, hermano, tío, sobrino, nieto, primo lejano; quien nunca fue padre, abuelo o suegro por elección.

Luego de esa primera convocatoria en solidaridad, llegó la segunda: una invitación a 60 minutos de velatorio, tecno dirigido. Para todos sería una experiencia nueva, extraña, curiosa. La única disponibilidad requerida era tiempo y plataforma digital; ya alguien se encargaría de transmitir ese último momento terrenal que validaba inequívocamente de quien se trataba.

El día y la hora, dejaron su importancia en un limbo; los 60 minutos, no. Ninguno había experimentado lo que sentíamos ante la imagen que se coló por las diferentes pantallas: un féretro, un cuerpo, un espacio ajeno, que exponía la imagen fílmica de lo que era un velorio a distancia. Si duro resulta asistir a un velatorio, esta nueva forma de presentar condolencias es emocionalmente más demoledora. Solo a

unos pocos le es permitida su presencia y al resto de los mortales le corresponde observar desde cualquier distancia. Los sesenta minutos parecen eternos, y sabes que han llegado a su final cuando comienza el retiro de coronas y flores y te tienes que desconectar, esta vez de la imagen física, pues la primera ocurrió al conocer la noticia de su muerte.

Varios días después, ocurre la tercera y final invitación, y lo expreso como una suposición, porque después de este escrito podría llegar una adicional que exhorte a rosarios en línea. Esa tercera correspondió al acompañamiento del carro fúnebre (que a todos se nos olvida que utilizaremos algún día) y posterior entierro en el cementerio. Otra experiencia para añadir a la novedad de los entierros modernos.

Todos los conectados viajamos en primer asiento, como pasajeros invisibles y más seguros que si usáramos cinturón. Si quien transmite desea hacer llevadera la experiencia, moverá horizontalmente su cámara (celular o tableta) y compartirá el paisaje fugaz que se aprecia desde las ventanas de su carro. Así el viaje nos parecerá más real y hasta podremos imaginar el sentir de la brisa que nos golpea la cara.

Una vez en el campo santo, un sacerdote, ministro o designado representante del cristianismo, oficia los últimos ritos que nos recuerdan la fugacidad de la vida, lo insignificante de nuestra existencia y el retorno a lo que una vez fuimos: cenizas, tierra, polvo. Allí quedó la caja, féretro, ataúd, dejando en cada casa una tristeza, una incertidumbre, un recuerdo, un vacío, un inexplicable pesar.

Esta será la nueva forma de enterrar a nuestros muertos.



La Dra. ***Ibis Rodríguez Carro*** labora como profesora de español en la Universidad Ana G. Méndez, recinto de Orlando, Florida. Posee un doctorado en Literatura Puertorriqueña y el Caribe, del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. También realizó una certificación graduada en Lingüística del idioma español, en la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. Ha ocupado diversas posiciones administrativas en universidades en la isla y en los Estados Unidos. Su blog letrasagitanadas.com presenta escritos de diverso tipo, relacionados a la cotidianidad de la vida

Y después de ganarlo todo, qué... Por Carlos Esteban Cana

Y después de ganarlo todo, qué...
Y después de perderlo todo, qué...
dice el sutra para ti:
la constante es desprenderse
no apegarse
porque has decidido liberar Karma
en esta existencia
y por lo tanto
se han abierto de par en par
entre los ciclos de luz y sombra
que te habitan
las puertas de la percepción
más allá del refugio
para que vivas en esta encarnación
el resultado de acciones tuyas
algunas de las cuales ni recuerdas;
no de otra forma se comprende
cómo opera en realidad
la ley de causa y efecto
o por qué tu corazón pesa más
que una simple pluma de avestruz...
semejante al trazo espiral del Maestro
en esa cueva remota
al pie de la montaña
mientras inhalábamos en trance
el humo del ADN ancestral
en la soga espiritual
durante el climax del ritual:
quieres conocer el pasado
-cantó-
observa tu presente...
quieres conocer el futuro

-cantó por segunda vez-

vuelve a observar tu presente...

Y después de ganarlo todo, para qué...

Y después de perderlo todo, para qué

Y después del qué y para qué

¿algo queda?...

la respuesta nasal que flota en el viento

suenan con frecuencia vibratoria en la vitrola

ayer

hoy

y mañana

con la energía de siempre:

para el bien de todos los seres sintientes...





Carlos Esteban Cana es escritor y comunicador. Durante la última década del siglo XX fundó la revista y colectivo Taller Literario, especializada en narrativa y escritura creativa. Luego formó parte del grupo de poetas en torno al colectivo El Sótano 00931. Ha publicado el libro de microcuentos "Universos" (Isla Negra Editores, 2012) y su antología de poesía "Testamento" (Publicaciones Gaviota, 2013). Cana también participó como

Crítico de Libros en el programa "Hoy en las Noticias" de Radio Universidad de Puerto Rico. Pronto publicará la colección de cuentos "Catarsis de maletas".

Olvidos Por Sandra M. Colorado Vega

–Mamá llegué –nadie le contesta. Sale al patio. Entra y oye el llanto del bebé en la cuna. Sube las escaleras. Llega al dormitorio y toma su hijo en brazos para calmarlo. Observa que tiene la misma ropa y un olor particular le hace pensar que no lo han bañado. Va a la habitación de su madre y la observa de espaldas a ella mirando algún programa en el televisor. Mariana no ha advertido la presencia de su hija.

– ¡Mamá! –la anciana se voltea lentamente y al verla se asombra.

–¿Cuándo llegaste, Marita? No te sentí.

–¿Tampoco escuchaste al bebé llorar?

–¿Qué bebé?

– ¡Este! –le contesta furiosa. No sabe si reírse o llorar, y piensa: *¿estará hablando en serio?*

–Ah, Carlitos. –Se le acerca para hacerle arreglos al bebé–. ¿Cómo olvidarme de mi angelito? Dime, ¿cómo ha estado? ¡Ufff! Huele muy mal. Parece que no lo has bañado. Recuerda que...

–Mamá, estaba trabajando. ¡Tú eres responsable de Carlos, cuándo no estoy! –Mariana parece aturdida. De pronto, el semblante de la anciana cambia a uno de preocupación y responde:

–Ay, Marita. ¡Boba! Estoy bromeando. Justo cuando llegaste lo iba a bañar. ¡Dámelo acá! –Y se retira con su paso lento, pero Marita advierte en la mirada de su madre algo extraño, como si estuviera confundida.



Las siguientes semanas, Marita las dedica a acompañar a su madre al neurólogo. Finalmente le informan el diagnóstico que no esperaba escuchar: Alzheimer. La primera preocupación que asalta la mente de la joven es: *¿quién le cuidara al bebé?* Es madre soltera, no recibe pensión alimentaria y el niño solo tiene dos años. Tiene hermanos, pero nunca pide favores a familiares para que no se metan en su vida. Siempre la están criticando. *¿Y que haré con Mamá? No tengo para pagar un asilo y su seguro social no es suficiente. Además, lo necesito para completar el alquiler de la casa.*

Cuando quedó embarazada, Marita no insistió para que el padre del niño, que era casado, lo reconociera porque sabía que su madre la ayudaría. Mariana también fue madre soltera y la comprendería. Sin remedio tendría que consultarlo con sus hermanos.

La reunión con los hermanos fue agitada. La acusaron de haber mermado las finanzas de su madre, quién le resolvía todos sus problemas y ahora no podía cuidarla. Propusieron pagarle a una señora para que la atendiera durante el día, en lo que Marita llegaba del trabajo, inscribirla en un centro de cuidado diurno, hacer un programa de cuidado entre todos y así ella tendría los fines de semana libre. Marita no aceptó ninguno de los acuerdos. José, el mayor, decidió internarla en un centro de cuidado y completar el

pago entre todos. Marita indicó que no podía ayudarles económicamente, y cuando preguntaron cuánto recibía Mariana del Seguro Social, esta mintió y restó casi trescientos cincuenta dólares.

Marita y sus hermanos acompañaron a Mariana a su nuevo hogar. La anciana se adaptó bastante bien, ya que sus necesidades no eran tan importantes, como las de sus hijos. Uno que otro día de visita, los hermanos se encontraban en el asilo. Nunca coincidían con Marita. Esta apelaba a que no podía exponer al bebé a ese ambiente, donde podría contraer algún virus. Lo cierto era que, ahora que su madre no vivía con ella, había reanudado la relación con el padre del niño, quien no era del agrado de Mariana.

Una pandemia hizo su aparición y la excusa ya no era necesaria. Las visitas a los asilos de ancianos estaban prohibidas. El padre de su hijo comenzó a alejarse hasta que le indicó que no la vería más, ya que no quería que sus hijos fueran a contraer el COVID-19 por su culpa. Luego le llegó un aviso de suspensión de su trabajo por la situación económica que provocó la pandemia. Estaba desesperada, desolada. *Mamá hubiese resuelto este entuerto. ¿Qué haré sin trabajo?*

Aún no encontraba contestación a su interrogante, cuando se percató de que el cheque del Seguro Social de Mariana ya no le llegaba. Llamó a las oficinas y no le quisieron dar información. No le quedó más remedio que llamar a José.

—Hola, José. ¿Cómo estás?

—Marita, estoy ocupado ahora. ¿Es urgente?

—Bueno, te pregunto rapidito. ¿Sabes por qué el cheque del Seguro Social de mamá no llega? Hace dos meses que no lo recibo y yo no hice cambio de dirección.

– Porque ya no lo necesita.

– ¿Cómo? ¿Y con qué pagaré el asilo?

– No tienes que pagar el asilo ya.

– ¿Mamá vive contigo ahora?

– Murió hace tres meses, Marita. De coronavirus. – Enganchó.



Sandra M. Colorado Vega es natural de Cataño, Puerto Rico. Luego de su jubilación y motivada por sus hijos, se decidió a incursionar en el arte de la creación literaria. En su primer libro “Siempre en viernes” aborda sus memorias sobre la maternidad y la crianza confrontando situaciones como el homosexualismo, enfermedades mentales y la no pertenencia. Es fundadora del blog personal *De cuentos y memorias con Sandra M. Colorado* en la red FACEBOOK cuyo objetivo es proveer un medio para que los nuevos escritores de la literatura puertorriqueña puedan exponer sus obras.

Silencio Por Wanda Margarita Lluveras Gómez

¡Qué silencio!
ese que resuena en el alma
ese, que lástima hasta oírlo.
¡Qué silencio de ola ahogada!
de mirada en la nada.
¡Qué silencio melancólico!
Como ola arropa,
es una mano totalmente vacía
es un cielo perdido con el invierno.
¡Qué silencio de distancia!
de mudez, quizás del miedo a los sentimientos
o de pupilas distintas que se miraban.
Silencios y más silencios se perciben
de manera inexplicable aparecen
hablan, hieren, y resuenan en la cien.
Calla silencio, enciértrate en tu mudez.
Calma la intriga, y con ello, sosiega mi ser.





Wanda Margarita Lluveras Gómez es puertorriqueña. Es egresada de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras y de la Universidad de Lincoln, Nebraska. Comenzó a escribir poemas desde la adolescencia. En el 2010 su poema *Locuras de Amor*, fue incluido para figurar en el libro **Metáfora** de la Editorial Norma de Puerto Rico. En 2013 su poema *Sitial*

fue seleccionado para ser declamado en el Tercer Festival Internacional de la Poesía Grito de Mujer en Humacao, Puerto Rico. Ese mismo año su poema *Fluidez* fue incluido en la **Antología de Mar** de Casa de Poetas en Puerto Rico. Seis de sus poemas figuran en el libro, **Del Teatro del Silencio al Parnaso**, antología mundial de poesía en homenaje a Juan Ramón Molina, poeta modernista hondureño. También, ha colaborado con poemas en otras antologías de otros países y en varias revistas.

Orden ejecutiva (pág. 3) Por Tere Dávila

Por otra parte, las ideas se atenderán los jueves antes del mediodía, a menos que se conceda feriado, y necesitará traer, con sello de notario, la solicitud de autorización de uso. El incumplimiento de los códigos asignados a humos, ínfulas y loqueras floridas, conllevará multas.

Los estudios de viabilidad para el trámite y trasiego de nubes y el uso no pre-aprobado de ombligos se considerarán según el reglamento P-409-336.

Deberá pagar la patente para operar cambios de humor.

Mofongos podrán transitar los días alternos y, efectivo el lunes, se reactivarán los rinocerontes, pero siempre portando mascarillas protectoras.

De nueve de la mañana a tres de la tarde, se permitirán ciertos movimientos del dedo pulgar. Las manifestaciones de todos los otros apéndices están terminantemente prohibidas.

Aplica la moratoria para la renovación de utopías y aguacates, siempre y cuando se presente una auto-certificación debidamente vestida de tul y con sombrero. (Refiérase al manual operacional de procedimiento de remedio sin remedio provisional.)

¿Posee usted una licencia para tener perspectiva?

Se requiere evidencia para la radicación de fuegos en el pecho y grietas en el subconsciente. No radicar está sujeto a todos los cargos aplicables por ley.

Reflexionar se hará únicamente por cita previa —sin excepciones— y solo cinco personas a la vez.

Todos los ciudadanos deberán obedecer el toque de no queda nada.

Tome su número y espere a ser llamado.

Ojalá hoy no se nos enfermen los nomos.

Estamos para ayudarle.

Adenda: No se otorgarán más permisos para el amarillo a partir de mayo.





Tere Dávila fue ganadora de los primeros premios de novela y cuento otorgados por el Instituto de Cultura Puertorriqueña (ICP) 2016, titulado el primero como ‘Nenísimas’ y el segundo, ‘Aquí están las instrucciones’. También es autora del libro de cuentos *El fondillo maravilloso y otros efectos especiales* (Terranova, 2009), del cuento infantil “La Oreja Sebastián” y de tres libros de ensayos y fotografía: *Fiesta en Puerto Rico*, *Fondeando* y *Manos del pueblo*. Tiene un bachillerato en historia del arte de la Universidad de Harvard y una maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón. Se desempeña como publicista.

Historias para leer Con té de Pamy Rojas por Consuelo Mar-Justiniano

Prepara tu taza. Aquí hay un cuento para ti”.

Pamy Rojas, escritora



¿Cuál es tu té favorito? El mío es el de jengibre. Esta infusión es buena para adelgazar, para aliviar el dolor de garganta y reducir la tos, sirve como remedio para tratamiento de problemas digestivos, entre muchos otros beneficios. Cabe destacar que es una bebida deliciosa que también podemos disfrutar mientras gozamos de una buena lectura. Esta es la propuesta de Pamy Rojas al presentarnos su libro de cuentos *Con té*, ediciones El Ojo de la Cultura Hispanoamericana (2021), historias para deleitarnos acompañados con una taza de té.

Se trata de un libro de cuentos dirigido a un público general, inspirado en historias de personas como tú y yo, y dotado de la ficción necesaria para lograr sorprender a los lectores, con su ingenio. Según la autora, el texto contiene un cuento para cada emoción y una taza de té para cada cuento. Son relatos con los que podemos reír o llorar, sorprendernos o emocionarnos, sentirnos menos culpables o más inocentes.

Antes de cada cuento, Rojas plantea una infusión de acuerdo con los sentimientos que podría despuntar la narración. Por ejemplo, el té de menta para contrarrestar el mal aliento, el de valeriana para calmar el estrés, el de anís estrellado para aliviar dolores reumáticos, etc. Lo interesante es que, si lees cada cuento con el té sugerido, en mano, experimentarás “el dolor y el alivio” al mismo tiempo.



Pamy Rojas, no solo escribe por pasión, tiene una Certificación en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón, y está terminando un máster en la Universidad Internacional de Valencia. Además, continuamente toma talleres de narrativa para mantener su “lápiz afilado” y sentirse más segura como escritora.

“No dejaría de estudiar y de aprender porque me permite evolucionar como autora. Antes no me atrevía a publicar, llevaba seis años trabajando con este libro y no me sentía preparada, poco a poco entendí que llegó el momento de soltarlo y compartirlo”, explica.

Rojas también es autora de *¡Achú, achú Pirulo!*, cuento infantil que publicó en 2016 y que, en 2018, recibió dos premios del *International Latino Book Awards*: Segundo lugar en la categoría de **Mejor libro educativo para niños en español** y el segundo lugar del *Mariposa Award* como **Mejor primer libro en la categoría de niños y jóvenes**. En 2018 colaboró con dos cuentos, junto a otros cuentistas, para la antología *De sombras y claridad*, relatos que abordan el tema de los usuarios de sustancias.

El deseo de esta prosista es que lean su libro para que lo disfruten y para que puedan ver otras perspectivas ante situaciones diversas que enfrentan los personajes de sus historias. “Yo leo para aprender y también para entretenerme”, sostiene. “Me encanta leer novelas largas, pero prefiero escribir cuentos. Actualmente mis autores favoritos son Liane Moriarty, Donna Tartt y Eduardo Sacheri”.

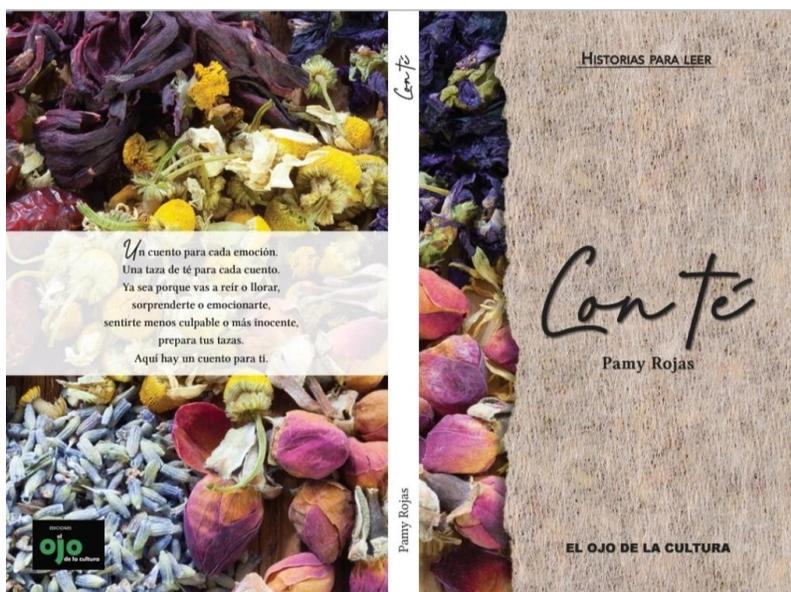


Con té, cuenta con 18 cuentos de diversos temas. Hay relatos de relaciones de pareja que hablan de la cotidianidad, el humor, el hastío, el abuso, etc., pero con finales muy sorprendivos. Otros, metafóricamente, abordan problemas sociales, relaciones de familia, infidelidad, muerte y hasta erotismo. En fin, hay cuentos diferentes como variedad de tés.

En lo personal, aunque me gustó todo el libro, me encanta el cuento “La hora exacta” y “El rosario”. El primero porque en una narración de tan solo 8 oraciones la autora consigue un final sorprendente que deja al lector impactado. El segundo porque, contrario a lo que sugiere el título, trata el tema del erotismo con genialidad y logra un desenlace inesperado, pero bien logrado.

Si eres amante del relato breve, *Con té* es el próximo libro que debes devorar. Porque, en efecto, una vez empieces a leerlo, será difícil soltarlo sin acabar su lectura. No obstante, al ser una prosa tan refrescante y entretenida, podrás disfrutarla una y otra vez.

Sigue el consejo de Rojas: “Prepara tu taza. Aquí hay un cuento para ti”. Seguro los saborearás tanto que tendrás que compartirlos con otros amantes del relato corto. Te lo garantizo. El libro ya está disponible a través de Amazon.



https://youtu.be/q_6T2H1GWSY

** (Pamy Rojas lee un fragmento de su libro *Con té*.)



Consuelo Mar-Justiniano se desempeña como profesora universitaria, bloguera, colaboradora radial, redactora y editora. Tiene un doctorado en Filosofía y Letras con especialidad en Literatura de Puerto Rico y el Caribe del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Es autora del libro *Soltera con Compromiso* “Guía para criar sin volverse loca” y del poemario *Inconcluso. S.* La Editorial Académica Española acaba de publicar su tesis doctoral: *La metáfora de la mirada en los personajes femeninos de la narrativa de Olga Nolla y Ángeles Mastretta.*

Actualmente trabaja en otro libro.